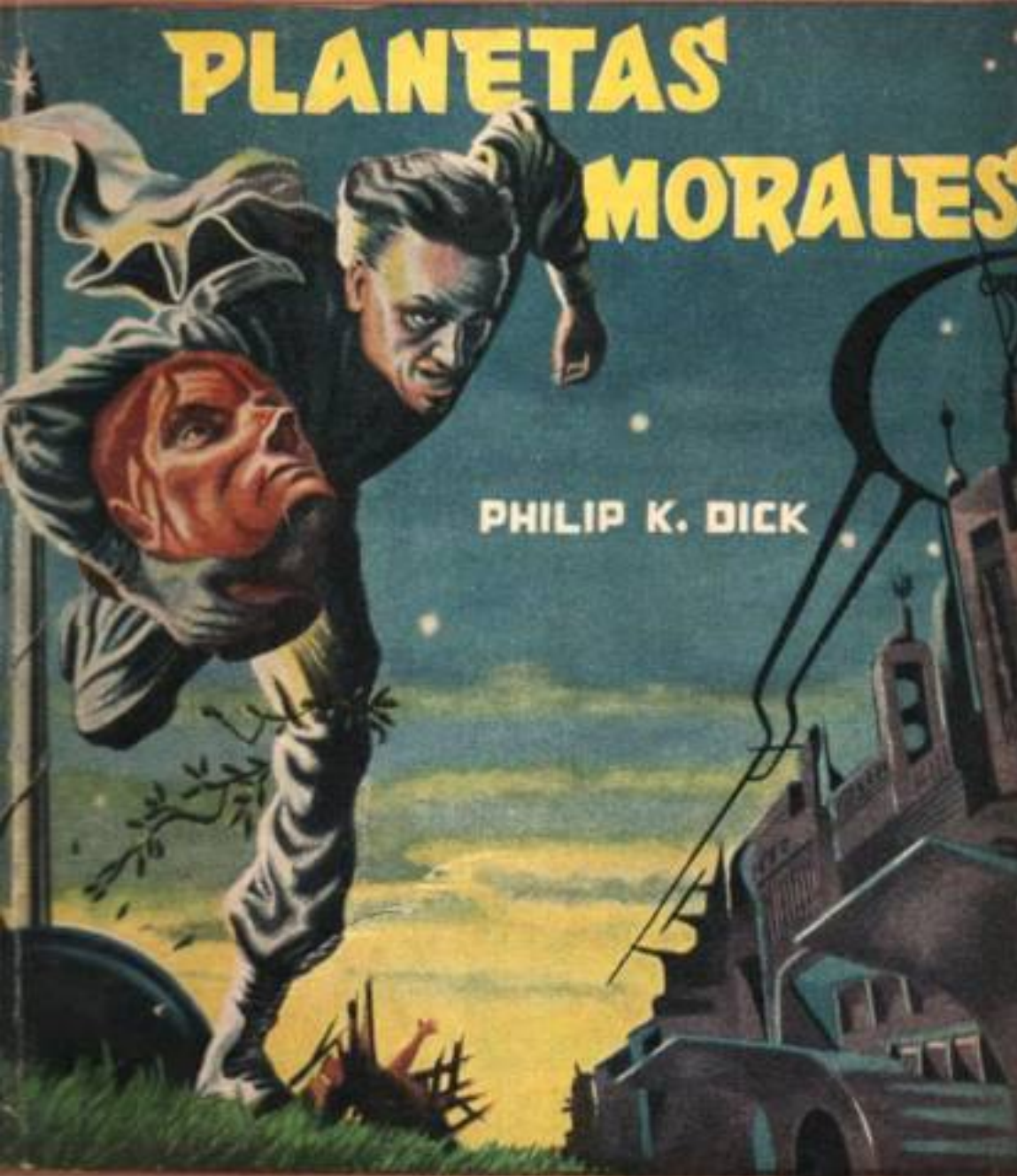


UN MUNDO DE PORTERAS



PLANETAS MORALES

PHILIP K. DICK



NOVELA DE CIENCIA - FICCION

EDICION

En un futuro post apocalíptico el sistema político se enfoca más en la propaganda que en hacer gestión. La sociedad en sí misma se ha vuelto ultraconservadora y cualquier cosa sirve de excusa para acusar a alguien de ofensa moral aunque las penas por delitos como «empresal vil» (sexo extramarital) no pasan de una amonestación o una llamada de atención. Esta sanción, en el entorno del Recmor (reclamación Moral) es la cosa más humillante pero el ciudadano tiene la oportunidad de reivindicarse. La ventaja de este sistema es que aparenta ser imparcial ya que los rumores y acusaciones maliciosas no son válidas como evidencia para evitar cacería de brujas. En cambio se implementó el programa de «juveniles», una serie de robots humanoides capaces de inmiscuirse en cualquier parte que registran todo lo que ven y lo que oyen. Pero mucha gente ya está cansada de tan morbosa «moralidad». Allen Purcell, el principal personaje de esta obra, ya harto de las reuniones de bloque y de las constantes acusaciones sin sentido decide jugarle una broma pesada a todo el sistema burlándose de la raíz misma del sistema poniendo en ridículo el actual sistema de creencias.

I

A las siete de la mañana, Allen Purcell, el expeditivo y joven presidente de la más nueva y creadora de las Agencias de Investigación, perdió un dormitorio, pero se encontró con una cocina. El proceso fue enteramente automático, regido por un resorte de acero inoxidable empotrado en la pared. Allen no ejercía autoridad ninguna sobre aquel resorte, pero la transfiguración le resultaba agradable; siempre estaba dispuesto a despertarse y preparado para echarse abajo de la cama.

Ya levantado, desperezándose y bostezando, buscó el botón que dejaba suelto al hornillo. Como de costumbre, el hornillo estaba la mitad en la habitación y la otra mitad dentro de la pared. Todo lo que se necesitaba era empujar con firmeza. Allen empujó, y, con un quejido, el hornillo emergió.

El joven era rey de sus dominios; aquel apartamento de una única habitación al alcance de la vista del capitel de la —bendita ella— Recmor. El apartamento había sido ganado en dura lucha. Había constituido su herencia que le fue legada por su familia; el arrendamiento había sido defendido durante más de cuarenta años. Sus delgadas paredes estucadas formaban una caja de valor inapreciable; era un espacio vacío que no se podía evaluar con dinero alguno.

El hornillo, adecuadamente desplegado, resultó ser también fregadero, mesa y alacena. Dos sillas se descolgaron de sus perchas, y, bajo las provisiones, estaban los platos. La mayor parte de la habitación estaba aprovechada, pero quedaba suficiente espacio para vestirse.

Su esposa, Janet, se había puesto en pie penosamente sobre sus zapatillas. Ahora, frunciendo el ceño, enarbolaba un brazado de faldas y miraba en torno con perplejidad. La calefacción central no había llegado todavía hasta su apartamento, y Janet tiritaba. En las frías mañanas de otoño siempre se despertaba asustada; llevaba ya tres años siendo su mujer, pero no acababa de acostumbrarse a las transformaciones de la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó él, despojándose del pijama.

El aire le parecía vigorizador; inhaló una profunda bocanada.

—Voy a montar de nuevo el resorte. Para eso de las once.

La joven terminó de vestirse, un proceso lento con mucha agitación innecesaria.

—La puerta del hornillo —dijo él, abriéndola—. Deja tus cosas ahí, como siempre.

Asintiendo, ella le obedeció. La Agencia debía abrirse a las ocho en punto, lo que significaba levantarse lo bastante pronto para dar la caminata de media hora entre las callejas atascadas. Iban llegando rumores de actividad desde el piso de abajo y de otros apartamentos. En el vestíbulo se oían sordas pisadas; estaba formándose la cola para entrar en el cuarto de baño de la comunidad.

—Tú, ve delante —le dijo él a Janet, deseando verla ya vestida y lista para el nuevo día.

Cuando la mujer se puso en movimiento, añadió:

—No te olvides de la toalla.

Obedientemente, ella recogió su bolsita de cosméticos, el jabón, su cepillo de dientes, la toalla y demás artículos personales, y salió. Los vecinos congregados en el vestíbulo la saludaron.

—Buenos días, señora Purcell.

La voz soñolienta de Janet:

—Buenos días, señora O'Neill.

Y luego la puerta se cerró.

Mientras su esposa estaba afuera, Allen cogió dos cápsulas de cortotiamina del botiquín casero. Janet poseía toda clase de píldoras e inhaladores; en su adolescencia había pescado la fiebre ondulante, una de las plagas reavivadas por el intento de crear granjas naturales en los planetas colonias. Allen quería la cortotiamina para su resaca. La noche pasada había bebido tres vasos de vino, teniendo el estómago vacío.

Aquello de entrar en la zona Hokkaido había sido un riesgo calculado. Había trabajado en La Agencia hasta bien tarde, hasta las diez. Cansado, pero todavía inquieto, cerró y se montó en una pequeña nave de la Agencia, una vaina individual utilizada para entregar pedidos a TM. En la nave había vagabundado por las afueras de Novísima York, un tanto a la deriva, y por fin había girado hacia el este para visitar a Gates y a Sugermann. Pero no se había quedado mucho tiempo; a las once ya estaba de vuelta. Y todo aquello había sido necesario. La investigación en sí se hallaba comprometida. Su Agencia estaba totalmente desplazada por los cuatro gigantes que acaparaban la industria. Allen Purcell, S.A., no tenía ningún respaldo financiero y ninguna reserva de ideas. Todos sus paquetes estaban estrictamente al día. Su equipo de personal, artistas, historiadores, consejeros morales, recitadores, dramaturgos, trataban de anticipar tendencias futuras más bien que trabajar sobre modelos que habían tenido éxito en el pasado. Eso era una ventaja, pero también un defecto. Los cuatro grandes estaban bien afianzados; construían un paquete tipo perfeccionado en el curso de los años, básicamente la fórmula contrastada por el tiempo que usó el mismo Comandante Streiter en los días que precedieron a la Revolución. En aquellos días, la Reclamación Moral había consistido en tropas ambulantes de actores y conferenciantes que entregaban mensajes, y el comandante había sido un genio en aquel aspecto. La fórmula básica era, desde luego, adecuada, pero se necesitaba sangre nueva. El comandante mis-

mo había sido sangre nueva; en un origen una poderosa figura en el Imperio Afrikaan —el estado de Transvaal creado de nuevo—, y había revitalizado las fuerzas morales que yacían aletargadas en su propia época.

—A ti te toca —dijo Janet, regresando—. He dejado el jabón y la toalla, así es que puedes entrar ya.

Mientras él salía de la habitación, ella empezó a colocar los platos para el desayuno.

El desayuno consumió los once minutos de costumbre. Allen comía con su rapidez habitual; la cortotiamina había eliminado sus molestias. Frente a él, Janet apartó su plato medio terminado y empezó a peinarse. La ventana, que formaba también parte del dispositivo de transformación, se había convertido en un espejo: otro de los ingeniosos ahorros de espacio instaurados por el Comité de Autoridad Casera.

—Te acostaste muy tarde —dijo Janet por fin—. Anoche, me refiero. —Levantó la mirada—. ¿No es verdad?

La pregunta le sorprendió, porque no era lo corriente en ella el andar curioseando. Perdida en la niebla de su propia incertidumbre, Janet era incapaz de decir algo con mala intención. Pero él se dio cuenta de que su mujer no estaba curioseando. Tenía miedo; eso era todo. Probablemente había estado despierta preguntándose si él estaría bien, tendida, con los ojos abiertos, mirando al techo hasta las doce menos veinte, hora en que él había hecho su aparición. Mientras él se desnudaba, ella no había dicho nada; le besó cuando él se deslizó a su lado, y luego se echó a dormir, ya tranquila.

—¿Fuiste a Hokkaido? —había preguntado.

—Estuve un rato. Sugermann me da ideas. Su charla es estimulante. ¿Recuerdas el paquete que hicimos sobre Goethe? ¿Aquel asunto sobre el esmerilado de lentes? No le oí hablar a nadie de eso hasta que Sugermann lo mencionó. El ángulo óptico sirvió para componer una buena

Recmor: «Goethe vio su tarea verdadera». Prismas, antes que poesía.

—Pero... —Hizo un gesto, un movimiento nervioso y familiar de las manos—. Sugermann es un chiflado.

—No me vio nadie.

Estaba bastante seguro de aquello; a las diez de la noche del domingo la mayor parte de la gente estaba en la cama. Tres vasos de vino con Sugermann, media hora escuchando a Tom Gates, poner jazz de Chicago en el gramófono, y aquello fue todo. Lo había hecho cierto número de veces antes, y sin grandes dificultades.

Agachándose, recogió el par de mocasines que había usado. Estaban manchados de barro y tenían grandes gotas de pintura roja ya seca.

—Eso es del Departamento de Arte —dijo Janet.

Durante el primer año de la Agencia, ella había trabajado como recepcionista de la misma y encargada de los archivos, y sabía la distribución de la oficina.

—¿Qué estuviste haciendo con pintura roja?

Él no contestó y siguió examinando los zapatos.

—Y el fango —dijo Janet—. Y mira. —Agachándose, cogió una brizna de hierba pegada a la suela de un zapato—. ¿Dónde puedes encontrar hierba en Hokkaido? Nada crece en aquellas ruinas. Está todo contaminado, ¿no es verdad?

—Sí —admitió él.

Ciertamente lo estaba. La isla había sido saturada durante la guerra, bombardeada y bañada y medicada e infestada con toda clase posible de substancias tóxicas y letales. La Reclamación Moral era inútil, mucho más la reconstrucción física. Hokkaido estaba tan estéril y muerta como lo había estado en 1972, el año final de la guerra.

—Es hierba casera —dijo Janet, palpándola—. Estoy segura. —Había vivido la mayor parte de su vida en planetas colonias—. La lisura de su tejido. No es una hierba importada... crece aquí en la Tierra.

Con irritación, él preguntó:

—¿Cómo diablos en la Tierra?

—En el Parque —dijo Janet—. Es el único sitio donde crece hierba. Todo lo demás son apartamentos y oficinas. Debes de haber estado allí anoche.

Fuera de la ventana del apartamento, el capitel de la — bendita ella— Recmor centelleaba al sol de la mañana. Por debajo estaba el Parque. El Parque y el capitel abarcaban el centro de Recmor, su *omphalos*. Allí, entre el césped, las flores y los arbustos, estaba la estatua del comandante Streiter. Era la estatua oficial, vaciada en vida del homenajeado. La estatua llevaba allí ciento veinticuatro años.

—Estuve andando por el Parque —admitió.

Había dejado de comer; los «huevos» se le estaban enfriando en el plato.

—Pero la pintura... —dijo Janet.

En su voz sonaba el miedo vago y confuso con que ella afrontaba cualquier crisis, la impotente sensación de prever todo lo que iba a pasar que parecía cortarle toda capacidad de acción.

—No habrás hecho nada malo, ¿verdad?

Indudablemente estaba pensando en el arrendamiento.

Pasándose la mano por la frente, Allen se puso en pie.

—Son las siete y media. Es hora de que empiece.

Janet se puso en pie también.

—Pero todavía no has acabado de comer. —Él siempre acababa sus comidas—. No estarás enfermo, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Enfermo? —Se echó a reír, la besó en la boca, y luego se puso la chaqueta—. ¿Cuándo he estado enfermo?

—Nunca —murmuró ella, turbada y sin dejar de mirarle—. Nunca te pasa nada.

En los bajos del bloque de casas, hombres de negocios estaban apiñados ante el tablón de advertencias del bloque. La comprobación rutinaria estaba en marcha, y Allen se unió al grupo. La mañana olía a ozono, y su aroma limpio le ayudó a despejarle la cabeza. Y restauró su optimismo fundamental.

El Comité de Ciudadanos Padres de Familia mantenía a una funcionaria en cada bloque de viviendas, y la señora Birmingham era un ejemplar típico: regordeta, florida, frisando en los cincuenta, llevaba un vestido floreado y lleno de adornos y redactaba sus informes sirviéndose de una autoritaria pluma estilográfica. La suya era una posición respetable, y hacía años que la señora Birmingham ocupaba aquel puesto.

—Buenos días, señor Purcell.

Ella resplandeció al ver que llegaba el turno de aquel inquilino.

—Buenos días, señora Birmingham. —Se llevó un dedo al sombrero, ya que las vigilantes de bloques daban mucha importancia a las pequeñas cortesías—. Parece que va a hacer un día hermoso, si no se estropea.

—Lluvia para las cosechas —dijo la señora Birmingham, lo cual no dejaba de ser una broma.

Virtualmente, todas las cosas y objetos manufacturados eran traídos por cohetes automáticos, las limitadas provisiones domésticas servían sólo como modelo de juicio. Una especie de recordatorio ideal. La mujer escribió unas notas en su larga tira amarilla.

—No he visto a su bonita esposa todavía hoy.

Allen siempre servía coartadas para las tardanzas de su mujer.

—Janet se está preparando para la reunión del Club del Libro. Hoy es un día especial: van a ascenderla a tesorera.

—Me alegro muchísimo —dijo la señora Birmingham—. Es una muchacha muy agradable. Pero un poco tímida. Debería mezclarse un poco más con la gente.

—Eso es verdad —admitió él—. Se educó en medio del espacio. Betelgeuse 4. Rocas y cabras.

Esperaba que de aquella manera pondría fin a la entrevista, ya que de la propia conducta de él se hablaba raras veces, pero, de pronto, la señora Birmingham se puso rígida y adoptó un aire oficial.

—Estuvo usted fuera hasta tarde anoche, señor Purcell. ¿Se divirtió mucho?

Demonios, maldijo en su fuero interno. Seguramente le había husmeado uno de los juveniles.

—No mucho.

Se preguntó desde qué momento le habrían visto. Si le husmearon a principios del viaje, debieron de seguirle todo el tiempo.

—Visitó usted Hokkaido —declaró la señora Birmingham.

—Investigación —dijo él asumiendo una postura defensiva—. Para la Agencia.

Aquella era la gran dialéctica de la sociedad moral, y, de perverso modo, disfrutaba poniéndola en práctica. Estaba confrontando a un burócrata que operaba por rutina, mientras que él golpeaba a través de las capas de la costumbre, dando directamente en el blanco. Ese era el éxito de su agencia, y también el éxito de su vida personal.

—Las necesidades de Telemedia se anteponen a los sentimientos personales, señora Birmingham. Desde luego, usted lo comprende también así.

Su tono de seguridad consiguió el efecto apetecido, y la sonrisa de la señora Birmingham volvió. Trazando un garabato con su pluma, preguntó:

—¿Le veremos a usted en la reunión del bloque del próximo miércoles? Es decir, pasado mañana.

—Desde luego —contestó Allen.

Al cabo de decenios enteros, había aprendido a soportar el intercambio interminable, la viscosa presencia de sus vecinos apiñados en la única habitación. Y el zumbido de los juveniles mientras entregaban sus informes a los representantes del Comité.

—Pero me temo que no podré contribuir con gran cosa. —Estaba demasiado ocupado con sus ideas y planes para cuidarse lo más mínimo de aquellas otras cuestiones—. Estoy metido hasta el cuello en mi trabajo.

—Quizá —dijo la señora Birmingham con voz medio quejumbrosa, medio altiva— haya esta vez unas cuantas críticas para usted.

—¿Para mí? —preguntó alarmado, sintiéndose enfermo.

—Creo que cuando eché una ojeada a los informes, me pareció ver el nombre de usted. Tal vez no. Puede que esté equivocada. Dios lo sabe. —Sonrió ligeramente. Si es así, será la primera vez en muchos años. Pero ninguno de nosotros es perfecto; todos somos mortales.

—¿Hokkaido? —preguntó él.

O tal vez sería después. La pintura, la hierba. Allí estaba lanzado: la hierba húmeda brillando y deslizándose bajo él mientras con náuseas, trepaba cuesta arriba. Los ondulantés macizos de árboles. En lo alto, mientras yacía tendido boca arriba, el oscuro cielo barrido; las nubes como fragmentos de materia contra la negrura. Y él, tendido con los brazos abiertos, tragando estrellas.

—¿O después? —preguntó, pero la señora Birmingham se había vuelto ya hacia el siguiente hombre de la cola.

II

El vestíbulo del edificio Mogentlock estaba lleno de agitación y de ruido, un constante ir y venir de gente ocupada, cuando Allen se acercó al ascensor. A causa de la señora Birmingham, llegaba retrasado. El ascensor aguardó cortésmente.

—Buenos días, señor Purcell. —La grabada voz del ascensor le saludó, y luego las puertas se cerraron—. Segundo piso, Bevis y Cia importación-exportación. Tercer piso, Federación de Música Americana. Cuarto Piso, Allen Purcell, S. A. Agencia de Investigación.

El ascensor se detuvo y abrió su puerta.

En la antesala, Fred Luddy, su ayudante, caminaba arriba y abajo con aire de desconsuelo.

—Buenos días —murmuró Allen vagamente, quitándose el abrigo.

—Allen, ella está aquí. —El rostro de Luddy se arreboló de escarlata—. Llegó antes que yo; subí y ya estaba allí, sentada.

—¿Quién? ¿Janet?

Por un momento se figuró a un representante del Comité expulsándola del apartamento y cancelando el alquiler. La señora Birmingham, deshecha en sonrisas, arremetiendo contra Janet mientras ésta seguía sentada con aire ausente peinándose.

—No la señora Purcell —dijo Luddy.

Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo:

—Es Sue Frost.

Allen, involuntariamente, bajó la cabeza, pero la puerta interior estaba cerrada. Si Sue Frost estaba realmente allí dentro, aquella era la primera vez que un Secretario de Comité le hacía una visita.

—Que me aspen —dijo.

Luddy gimió.

—¡Quiere verte!

El Comité funcionaba mediante una serie de secretarios de departamentos, responsables directamente ante Ida Pease Hoyt, la descendiente en línea recta del comandante Streiter. Sue Frost era la administradora de Telemedia, que era el trust oficial del gobierno que controlaba el conjunto de comunicaciones. Allen no había tenido nunca tratos con la señora Frost, y ni siquiera la conocía; él trabajaba con el director en funciones de TM, un individuo de voz cansada y cabeza calva llamado Myron Mavis. Era Mavis quien compraba los paquetes.

—¿Y qué es lo que viene buscando ésa? —preguntó Allen.

Probablemente era que se había enterado de que Mavis adquiriría la producción de la Agencia, y que la Agencia era relativamente nueva. Con profundo pánico, se imaginó una de las lúgubres y fastidiosas investigaciones del Comité.

—Será mejor que te encargues de que Doris intercepte las llamadas que me hagan. —Doris era una de sus secretarías—. Encárgate tú de contestar mientras la señora Frost y yo estamos hablando.

Luddy le siguió mascullando oraciones.

—Buena suerte, Allen. Te defenderé hasta el final. Si necesitas los libros...

—Sí, ya te llamaré.

Abrió la puerta del despacho, y allí estaba Sue Frost.

Era alta, más bien huesuda y musculosa. Su vestido era de un tejido sencillo y caro, de un color gris intenso. Llevaba una flor en el pelo, y, por lo demás, era una mujer sorprendentemente hermosa. A primera vista, debía estar cer-

ca de los cincuenta. Había en ella poca o ninguna dulzura, nada de la carnal y sobrecargada maternidad que se veía en tantas mujeres del Comité. Tenía piernas largas, y, cuando se puso en pie, su mano derecha se alzó para darle la bienvenida con un apretón directo y casi masculino.

—¡Hola, señor Purcell! —dijo.

Su voz no resultaba sobremanera expresiva.

—Espero que no le importará que me haya introducido de esta manera, sin previo anuncio.

—En absoluto —murmuró él—. Siéntese, por favor.

Ella se volvió a sentar, cruzó las piernas y se le quedó mirando. Sus ojos, notó él, eran como de paja descolorida. Un género fuerte de sustancia y altamente pulimentado.

—¿Un cigarrillo?

Alargó su pitillera, y ella aceptó con una inclinación de gracias. Él cogió otro cigarrillo, sintiéndose como un jovenzuelo desmañado en compañía de una mujer más vieja y más experimentada.

No podía menos que pensar que Sue Frost era el tipo de mujer de carrera urbana que en los últimos tiempos no era la preferida por el héroe de los paquetes de Blake-Moffet. Había en ella una firmeza antipática. Decididamente, no era la muchacha de la puerta de al lado.

—Indudablemente —empezó Sue Frost—, reconoce usted esto.

Desató el envoltorio de un papel de estraza y desplegó un mazo de escritos. En la cubierta estaba el sello de su Agencia; la mujer tenía uno de sus paquetes, y por lo visto lo había estado leyendo.

—Sí —añadió él—. Ese es uno de los nuestros.

Sue Frost pasó unas cuantas hojas del paquete y luego lo depositó sobre la mesa de Allen.

—Myron lo aceptó el mes pasado. Luego tuvo sus dudas y me lo envió para revisión. He podido dar un vistazo este fin de semana.

Ahora que el paquete estaba boca arriba, Allen pudo echarle una ojeada al título. Era una pieza de alta calidad en la que él había intervenido personalmente; tal como estaba podría superar cualquier término medio de la TM.

—Dudas —dijo Allen—. ¿A qué se refiere usted? —Experimentaba una sensación honda y fría, como si estuviera tomando parte en algún fantástico ritual religioso—. Si el paquete no encajaba, entonces lo moral era devolvérselo. Tenemos que crearnos una reputación; no lo hemos hecho antes.

—El paquete está tratado de una manera hermosa —dijo la señora Frost, entre chupada y chupada al cigarrillo—. No, desde luego, Myron no quería devolverlo. El tema que usted toca se refiere al intento de este hombre por hacer crecer un manzano en un planeta colonia. Pero el árbol muere. El Recmor de esto es... —Una vez más volvió a acariciar el paquete—. No estoy muy segura de cuál sea el Recmor. No debía haber tratado de afincarlo allí.

—No allí —dijo Allen.

—¿Quiere usted decir que pertenecía a la Tierra?

—Quiero decir que debería haber estado trabajando para el bien de la sociedad, no nutriendo una empresa privada. Veía la colonia como un fin en sí misma. Pero esos son medios. Este es el centro.

—Omphalos —concedió ella—. El ombligo del universo. Y el árbol...

—El árbol simboliza un producto de la Tierra que se marchita cuando es trasplantado. Su parte espiritual murió.

—Pero no podría haber crecido aquí. No hay sitio. Es todo ciudad.

—Simbólicamente —explicó él—. Debería haber afincado sus raíces aquí.

Sue Frost permaneció silenciosa unos momentos, y él seguía fumando inquieto, cruzando y descruzando las piernas, sintiendo que su propia tensión crecía en vez de dismi-